



Si no hay miedo, que no haya nada

Juan Leal De Ibarra
Argentina

Mario Vargas Llosa, el célebre escritor peruano y acreedor del Premio Nobel de Literatura, titulaba su columna escrita en el diario La Nación el sábado 6 de agosto de 2011 bajo el lema “Más información, menos conocimiento”. Desde el primer momento podremos notar que el título tiene el poder de cautivar al lector y que, además presagia un desarrollo de un tema que es, cuanto menos, polémico. Si ahondamos un poco más en la lectura, nos topamos con frases chocantes como las siguientes “Cuanto más inteligente sea nuestro ordenador, más tontos seremos los humanos” y “No es una metáfora poética decir que la “inteligencia artificial” que está a nuestro servicio soborna y sensualiza a nuestros órganos pensantes, los que se van volviendo, de manera paulatina, dependientes de aquellas herramientas, y, por fin, sus esclavos.”. El artículo aquí en cuestión plantea un interrogante más que enriquecedor. Se orienta a Google, y a la internet, y a cómo el autor argumenta su postura de que la internet hace que pensemos menos, pero, es posible asociar esta columna con la temática de la tecnología en general. Sobran afirmaciones científicas para refutar lo manifestado por Vargas Llosa, pero eso no nos compete ahora. Debemos, eso sí, plantear interrogantes. ¿Cómo pensamos encarar, como raza humana, los múltiples desafíos que nos plantea la tecnología? ¿Cuáles son las implicancias de la llegada de las nuevas tecnologías para el cerebro humano, el órgano máspreciado que tenemos? ¿Es posible ser optimistas y creer en la complementariedad hombre-computadora?

No es nuevo el escepticismo a lo nuevo, valga la redundancia. Ya desde el siglo XVIII que la implementación de cambios técnicos, el avance de la tecnología y la apertura hacia un mundo de conocimientos y progreso genera acuciantes discusiones. Durante ese período (Revolución Industrial), que muchos historiadores recuerdan como grandioso y sin precedentes, la invención del telar mecánico privó de su empleo a miles de obreros ingleses. En el amanecer del siglo XX, siglo que, según mi humilde parecer, encarnó el símbolo del progreso y en el que la calidad de vida de la gente mejoró de manera exponencial, también había renuencia al cambio. Podemos sumergirnos aún más en la historia de la humanidad y presenciar eventos similares. En el clásico Fedro, de Platón -300 a.c- se cuenta el diálogo que mantuvieron el rey Tamo y Theut sobre la invención de la escritura. Theut se encontraba exultante por esta novedad que dice, servirá para “aliviar la memoria y ayudar a las dificultades de aprender”. El rey, ofuscado, lo refuta diciendo que la escritura “solo producirá el olvido, pues les hará descuidar la memoria; y filiándose en ese extraño auxilio, dejarán a los caracteres materiales el cuidado de reproducir los recuerdos cuando en el espíritu se hayan borrado”.



¿Hay que cambiar?

El ser humano es un ser que de por sí, le teme al cambio. El cambio nos engecece. Mismo quizás las nuevas tecnologías nos han sometido a estar permanentemente en una zona de confort en la que nos sentimos muy cómodos. La denominada “zona de confort” no se refiere a un espacio físico, sino que es un estado psicológico en el que nos sentimos seguros y no experimentamos ansiedad ni miedo. Es un “espacio” en el que lo controlamos todo y lo conocemos de principio a fin. Estamos permanentemente buscando la “zona de confort” y esto no es algo malo, para nada, en este estado es donde se suele alcanzar ese standard de felicidad que le da sentido a la vida. Pero una verdad inequívoca es que si no intentamos salir, de tanto en tanto, de este espacio de comodidad absoluta, el avance y el progreso estarán siempre limitados. El hombre, además de anhelar permanentemente la comodidad, es ambicioso, y este no es un dato menor. Si somos ambiciosos, queremos siempre vivir un poco mejor y uno de los medios por los que se puede alcanzar esta meta es mediante la tecnología. Lo que quiero transmitir aquí es un mensaje esperanzador, no debemos ser reacios a la incorporación de nuevas tecnologías en nuestras vidas, la tecnología (la inteligencia y perspicacia del hombre capitalizada en máquinas) siempre nos ha demostrado que, a la larga, nos brinda múltiples beneficios.

A contramano de lo que marca el accionar de las sociedades, creo que deberíamos recibir el cambio con los brazos abiertos, debemos encarar y enfrentar el miedo; que exista el miedo, es lo que generará prosperidad a largo plazo. Resulta un tanto irónico lo que aquí se propone, que el miedo (un fantasma tan generalizado y que en general es un sentimiento que destratamos) sea uno de los motores de la sociedad. El miedo es una invitación al conocimiento, es una propuesta a ampliar nuestros conocimientos para esquivar obstáculos y llegar a la meta que se desea.

Educación

Creo más que necesario orientar esta temática hacia la educación. Como se mencionó con anterioridad, la tecnología ha sido causante de desempleo. Esta idea se enmarca bajo el concepto de “destrucción creativa”. En resumidas cuentas, se afirma que cuando existen períodos de innovación, se destruyen viejas empresas y viejos puestos de trabajo. ¿Cómo preparamos a nuestros jóvenes, futuros profesionales, para que puedan estar readaptándose permanentemente a los contextos cambiantes que nos esperan y así ayudar para que el futuro de nuestro país este de algún modo asegurado? No sabemos que es lo que el futuro nos depara, no sabemos de que modo la tecnología mejorará nuestras vidas. Pero podemos hacer el intento para ser los que mejor recibimos el cambio. Creo que el concepto de educación debería virar un poco. Acá en Argentina, en general, la enseñanza se basa en copiar, en imitar los contenidos del maestro. En esa pedagogía el enfoque está en el maestro. Debemos enseñar a aprender, ahí radica la clave de nuestro futuro como país. Debemos cambiar el foco, se trata de incentivar a los alumnos para que sepan cómo aplicar los conocimientos y no repitan lo que



se les enseña. Deberíamos centrar nuestra enseñanza no tanto en la información, ni en el contenido, sino más en las habilidades; se necesitan habilidades como pensamiento crítico, creatividad, competencias socioeconómicas y entender otras culturas. Que nuestros jóvenes tengan la capacidad de digerir el nuevo conocimiento de la manera más eficaz y práctica posible.

Obviamente que el conocimiento y la información con la que alimentamos nuestro cerebro es crucial; pero si no tenemos una base que nos asegure que este conocimiento será bien entendido, y conceptualizado, la transmisión de información es en vano. Una vez que tenemos unas bases sólidas, se puede impartir conocimiento. Es necesaria obviamente una educación con conocimientos básicos, de asignaturas básicas como matemática, lengua e historia; pero creo fervientemente que en este momento deberíamos ir un poco más allá. Es inentendible cómo en nuestro país muy pocos colegios enseñan programación. Una asignatura que creo sin lugar a dudas, que en el futuro todos la deberían tener en su currículum. Si las máquinas harán el trabajo que hacemos nosotros, necesitamos gente capacitada que sepa “indicarle” a esas máquinas cómo hacer lo que deberían hacer; ahí entra en juego la programación. El rol del Estado resulta crucial en esta tarea, saber orientar a los jóvenes hacia diferentes carreras universitarias, fomentar carreras relacionadas a la informática. Los beneficios pueden no verse a corto plazo, pero a largo plazo serán infinitos.

Actualidad

Creo estar en posición de afirmar que todo tiene una estrecha relación con el miedo a enfrentar el cambio. Muchos, quizás, intentarán refutarme y saldrán en defensa de que antes de actuar, siempre se necesita un profundo análisis. No podría estar mas de acuerdo con esto, el análisis es fundamental, pero debe ser preciso, práctico, rápido y debe existir voluntad social y política para encararlo. Noto que, últimamente, estas características, no se suelen cumplir, y los proyectos novedosos suelen ir quedando en el olvido.

Un ejemplo más que clarificador de esto que se intenta transmitir puede ser lo ocurrido con las criptomonedas, o con los beneficios de la tecnología “blockchain”. Se ha generado mucha polémica respecto a las criptomonedas, mucha gente opina, pero pocos con argumentos claros. El miedo al cambio vuelve a hacerse presente, no estamos dispuestos a reemplazar las estructuras viejas, sin importar siquiera si lo nuevo puede ayudarnos o no. La tecnología “blockchain” es, por donde se la mire, muy interesante. No podemos predecir cuán grande será la industria que gire alrededor de esta tecnología, pero podemos estar seguros de que esa industria va a existir, porque la tecnología en sí busca permanentemente dos preciados activos: la confianza y la transparencia. Justamente, dos valores que Argentina necesita tener más presentes que nunca, en un contexto en el que toda acción se la pone en tela de juicio y se la vincula con la corrupción.



Conclusión

Para ir concluyendo con este ensayo, me gustaría retomar la tesis principal que aborda este trabajo: “No debemos tenerle miedo al cambio”. Opino que es posible vislumbrar un futuro en el que exista una “simbiosis entre dos especies colaborativas (tecnología y humano) que se pueden complementar en la resolución de problemas en común”. Necesitamos voluntad y estar abiertos a enfrentar nuestros miedos con convicción, porque no debemos dudar que el avance de la tecnología en un principio nos puede asustar, pero a la larga puede tener un impacto fenomenal. El progreso ha dejado a gente sin trabajo, gente que inequívocamente debe quedar, al menos por un tiempo, bajo la tutela del Estado para que se le garantice un futuro después de haber sido reemplazado. Pero a la larga, el progreso lo que logró fue intelectualizar el trabajo y “desesclavizarlo”, haciendo que el hombre se dedique a tareas de mayor análisis y no tanta demanda física.

La educación es el verdadero motor del vehículo que nos permitirá emprender este camino de la mejor manera, su influencia nunca debe ser menospreciada. Vale la pena cerrar este ensayo con una cita textual de uno de los grandes fundadores de esta Nación, Domingo Faustino Sarmiento: “Si la educación no prepara a las venideras generaciones para esta necesaria adaptación de los medios de trabajo, el resultado será la pobreza y oscuridad nacional. Todos los grandes acontecimientos del mundo han de ser preparados por la inteligencia, y la grandeza de las naciones menos ha de estribar ya en las fuerzas materiales, que en las intelectuales”.